

Últimos recuerdos de Thomas Merton

El 12 de diciembre de 1968, un diario de Tailandia, «The Bangkok Post», traía una reseña escrita bajo una abreviatura: «Muere un monje católico», «*R(oman) C(catholic) Monk Dies*», anunciando que el P. Thomas Merton había sido víctima de un ataque cardíaco. Esta noticia ocupaba algunas líneas en la quinta página. Verdaderamente se trataba de un suceso que iba a llamar la atención a los hombres del mundo entero sobre este país y lo que allí estaba pasando entonces: «El encuentro de los monjes de Asia», organizado por la A. I. M. (Ayuda a la Implantación Monástica). Habían sido testigos los setenta participantes del Congreso -monjes, monjas, expertos llegados de veintidós naciones de Asia, América y Europa-, así como los periodistas y los técnicos de los equipos de televisión de tres países.

Thomas Merton -y éste no era el caso de otros muchos- había manifestado siempre gran interés por las actividades de A. I. M. Se le invitaba en todas partes. Parecía que había llegado la hora para él, -después de veinte años de soledad contemplativa en la Abadía de Getsemaní, primeramente en su monasterio, luego en un eremitorio-, de entregar su mensaje, no sólo escribiendo, sino saliendo al encuentro de sus contemporáneos, cuyos problemas vivía intensamente en la clausura. Me había dicho que no pensaba ir a Asia y Africa, pero que lo hizo ocasionalmente, siempre y únicamente por causas monacales. Cuando le pedí que fuese a Bangkok y hablar allí del marxismo, tan pronto como cayó en la cuenta del proyecto aceptó entusiasmado.

Habíamos previsto hacer el viaje juntos desde California al Japón. Pero fue llamado a Alaska y a otros sitios y tuvo que cambiar de itinerario. Primeramente fue a la India y a Ceilán, dejando el Japón para la vuelta. Yo hice lo contrario, y tanto en Kyoto como en Tokyo, donde era esperado, pude constatar que no era un entusiasta del budismo zen, pero estaba considerado como una autoridad; me aseguraron que su libro «Místicos y maestros del Zen» estaba ya a punto de ser traducido al japonés. Antes de dejar los Estados Unidos, en una entrevista publicada por *Los Angeles Times* del 22 de diciembre de 1968, había dicho con amable ironía: -«*Volveré, si no me muero de una disentería microbiana o por causa de otras cosas interesantes...*».

En Bangkok, cuando llegué de Hong-Kong en el último momento, no tuvo apenas tiempo para hacerme partícipe de sus impresiones. Esperábamos pasar juntos una tarde antes de que se terminase el Congreso. Me confió su alegría por haber logrado entrar en contacto no sólo con el Dalai Lama, sino con los sencillos monjes del Himalaya. Estaba encantado de Ceilán, donde había encontrado, muy cerca de un monasterio budista, un sitio que se prestaba a una fundación monacal cristiana. Tenía muchos proyectos. Se consolaba porque no podía ir a ver el templo de Angkor, en Camboya, con la perspectiva de visitar el de Baraburu, en Indonesia. La mayoría de los monasterios de Asia, Australia y Nueva Zelanda querían recibir su visita, tenerlo como director de algún retiro, pensaba responder al mayor número posible de estas peticiones. Nos encontramos de nuevo, en el siguiente febrero, en un congreso de estudios cistercienses, en los Estados Unidos. Pero presentía que Asia lo iba a retener por largo tiempo y me había encargado no dar siquiera esperanzas al organizador.

En Bangkok su sencillez sorprendió a todos los que no le conocían personalmente. Descubrían que este hombre era muy distinto a como se lo imaginaban

cuando leían sus libros. Desde el comienzo, cuando el comité organizador designaba a los que, desde una mesa colocada en el centro —que los americanos llaman un «panel»—, animarían la sesión de síntesis cada tarde, él rehusó, alegando que no era más que un simple monje y que no quería que se le pusiese en la presidencia. Creo que le dije: -«Padre Luis, no olvide que usted es Thomas Merton». Se sometió, y de buena gana.

Con frecuencia había pensado yo que era una especie de San Bernardo del siglo XX, en el sentido de que no sólo tenía un mensaje espiritual que fluía de su experiencia más que de sus estudios, sino que había encontrado un estilo capaz de llegar a sus coetáneos en gran número y, sin duda, a muchos hombres por doquier en el futuro. La analogía debía verificarse también desde otro punto de vista. En efecto, como San Bernardo, conocía sus dones. Sabía que podía abusar de sus talentos. No era fácil de engañar, aun en cuanto a su éxito. No se fiaba y bromeaba. Tuvimos la prueba desde la primera tarde del congreso. Querían que éste comenzase con el encuentro amistoso de los participantes. San Bernardo se había comparado a un saltimbanqui, un *ioculator*, que camina sobre las manos, los pies en el aire, y da otras volteretas divertidas. Puede seducir. Es preciso que conserve cierta ironía hacia sí mismo, que no se lo tome en serio: -«*Jugaré, pues, para que se burlen de mí, ludam ut illudare*» (Cart. 87, 12). Cuando el director de A. I. M. me pidió que hiciese de intérprete en francés y en inglés, esperando que al día siguiente funcionase el servicio oficial de traducción simultánea, pedí perdón por mi inglés francamente pobre, diciendo que, sin duda, se me encargaba esto porque yo era el *clown* de la A. I. M., pero que había pedido a Thomas Merton que me ayudase, aunque fuese un poeta. En seguida me respondió: -«*Vamos a hacer el clown juntos*». Todavía suena en mis oídos: -«*We shall clown together*»; estas fueron casi las últimas palabras que le oí.

Como San Bernardo, tenía dos estilos. Escribía sin esfuerzo, con arte, encontrando sin pretenderlo estas imágenes luminosas, estas paradojas y estas fórmulas tan vigorosas que hacían que todas sus páginas, por distintas que fuesen, estuviesen a la vez llenas de belleza y penetración, de poesía y de música. Pero cuando se dirigía a monjes sencillos como nosotros, hablaba en un inglés familiar, muy poco literario, infinitamente chispeante. Editores y traductores, cuando tuvieron ante sus ojos el texto de su conferencia de Bangkok tal como había sido grabada, se sorprendieron, e incluso se desanimaron. Porque no era un hombre para leer unas cuartillas. Había entregado de antemano un esquema que no siguió, y fue mejor así. Hay que dejar a su voz cálida y sencilla y a la redacción que se confecciona de lo que dijo, el privilegio de revelar sus últimas ideas. Son dignas del resumen que nos había dado respondiendo, seis meses antes, a la pregunta que yo mismo le había formulado: -«*Sería feliz de dar una charla sobre el marxismo, etc. ¡Es verdaderamente importante! Me he familiarizado bastante bien con Herbert Marcuse, cuyas ideas tanto han influido en las «revueltas estudiantiles» de nuestra época. Debo reconocer que lo encuentro más próximo al monacato que muchos teólogos. Al menos los que ponen en duda las estructuras de la sociedad contemporánea miran a los monjes como a hombres capaces de guardar una cierta distancia y de adoptar una perspectiva crítica que, es preciso decirlo, se encuentra muy difícilmente. La vocación de los monjes en el mundo moderno, y especialmente en el mundo marxista, no es supervivencia, sino profecía. Sólo nos preocupamos de lavar nuestras vidas*».

Las últimas palabras de su conferencia tendrían una resonancia que ni siquiera sospechaba: -«*Y ahora, puesto que las conferencias de esta mañana serán el objeto de*

discusión esta tarde, voy a desaparecer... I will disappear». Durante una hora y cuarto se había encontrado frente a los flashes de los fotógrafos, de los periodistas y los operadores de las distintas televisiones. Esto sólo le sucedía a él. El P. Louis sólo tenía un deseo: eclipsarse. La víspera, durante la recepción oficial de S. S. el Patriarca Supremo de los Budistas de Tailandia, en presencia del Delegado Apostólico, del Abad Primado de los benedictinos, se puso entre los congresistas, al lado del P. Francis Acharya, quien habiendo sido trapense en Scourmont, luego en Caldey, fundó con el P. Bede Griffiths, el ashram cristiano-hindú de Kurisumala. Esta vecindad, debida tal vez al azar, era el símbolo de las formas de la vida monacal sencilla, integradas en la tradición de cada país, a los que dirigía preferentemente su admiración y su confianza.

Algunas horas después de su conferencia le encontraban en el suelo echado sobre el lado derecho, con una gran quemadura provocada por electrocución. La primera reacción, a los ojos humanos, fue considerar esta muerte repentina —no debió ser totalmente instantánea— como el resultado de un error imputable a los que le habían hecho venir tan lejos de su monasterio, o que se lo habían permitido. Pero enseguida comprendimos que este hombre no era digno de una muerte corriente. ¿Cómo fue la suya? No se sabrá jamás claramente y con certeza. Ya circulan varias leyendas en torno a ella, lo que sólo sucede con los hombres excepcionales. Unos han corrido el rumor de que una estatua de Buda estaba presente en sus últimos momentos. Otros se precipitaron a decir que había sido víctima de un asesinato del mismo estilo que el del pastor Martín Lutero King. Desde el primer momento, la prensa de dos países había dado dos versiones distintas: los periodistas de los Estados Unidos no mencionaban más que la electrocución; los de Tailandia, la crisis cardíaca; por todas partes se trataba de imponer una interpretación que disimulase las intenciones en seguida conocidas, pero que importan poco. El fin en la tierra de Thomas Merton fue, sin duda, en parte consecuencia de un infarto de miocardio, y en parte de un shock eléctrico; ni uno ni otro hubiesen bastado para causarle la muerte. Lo que hace de ésta un misterio y un signo —concretamente un signo misterioso que Dios nos concedía para que lo descifrásemos—, es la desproporción entre lo que ocasiona esta partida y sus consecuencias, la pérdida que representa para la Iglesia. Lo que es cierto es que Dios quería que muriese allí y en aquel momento: en Asia, en el trabajo, al servicio del monacato, del encuentro de las religiones, de toda la humanidad, de Dios.

Por la noche, cuando se le velaba, el P. De Floris, director de A. I. M., le prometió realizar todo lo que estuviese en su mano para que la vida monacal cristiana fuese implantada en este país donde su costado había sido herido, donde había dejado su vida. Su cuerpo se lo llevaron por la noche. Al día siguiente, en los funerales celebrados con color blanco, con asistencia del Arzobispo de Bangkok, del Delegado Apostólico, de católicos —sacerdotes, laicos, religiosos, religiosas, llegados de la ciudad y del país—, el Abad Primado evocó el espíritu y la obra de este monje, escritor, sacerdote, profeta, quien durante toda su vida, «a veces a través de extraños y desconcertantes caminos», había buscado a Dios y su manifestación a los hombres, sin que jamás le encontrase totalmente hasta el día en que había entrado en su resurrección. Y, ciertamente, Thomas Merton no era uno de estos mediocres a quienes es fácil juzgar con objetividad. No se podía menos de reaccionar ante esta grandeza desafiante. Se estaba a favor o en contra de él.

Sin duda que tuvo pocos enemigos. Pero suscitó muchas incomprendiones. También temores: algunos temían su clarividencia y su libertad de palabra. A medida

que vaya descubriendo ahora la vida de unión con Cristo, en un grado mucho mayor que antes, en la que cifraba toda su inspiración, muchas ideas frágiles van a caer. Ya varios poemas cantan el sentido de su mensaje, que a veces se ocultó a los sabios y poderosos, la paradoja de su vuelta a su país en un avión que llevaba los cuerpos de los jóvenes soldados muertos en la guerra del Vietnam, conflicto que tanto le había hecho sufrir.

Una de las personas que más trataron con él en Bangkok escribía: -«*Me ha impresionado su mirada de niño*». Y según el dicho del poeta: -«*Veía en sus ojos, en medio de las flores de la primavera, surgir el deseo de la muerte como un lirio grandioso*».

Parece que había bromeado sobre su muerte incluso la misma mañana en que iba a sobrevenir. Pero Dios no avisó. Vino como un ladrón. Y tomó lo que le pertenecía. Todo en Bangkok fue tan visiblemente señalado por la mano de Dios, que esta partida ciertamente forma parte del deseo de salvación cuyos resultados todavía no comprendemos. Pensaríamos en una víctima elegida, ofrecida para obtener una bendición, que sabemos no nos ha faltado: hasta el final del congreso no dejamos de sentir la presencia del Padre Merton. Y sin duda, él mismo, en su espíritu de consagrado, le daba vueltas a este pensamiento del sacrificio en los últimos instantes de su vida de entrega durante tantos años. Llegó el momento, según su última expresión, de desaparecer. Pero al mismo tiempo, «permanece» para siempre.

El azar de un viaje hace que escriba estas cuartillas en Gethsemaní, después de haber celebrado la Eucaristía en el oratorio de Thomas Merton, en su eremitorio. Es el martes de la primera semana de Cuaresma; la lectura de Isaías comienza con estas palabras: -«*Buscad a Dios mientras se deje encontrar, invocadle cuando está cerca*». Y en el Evangelio dice el Señor, citando el Salmo 8: -«*En los labios de los más pequeños y de los niños, has puesto un himno de alabanza*».

JEAN LECLERCQ, *El desafío de la vida contemplativa*, Ed. mensajero, Bilbao 1971.

Estas páginas han sido recuperadas aquí con oportunidad de la celebración del 50 aniversario de la muerte de Thomas Merton.